

VIRGINIA CORTÉS MONCÓ



MEMORIAS DE UNA MUJER
SIN NOMBRE



Madrid, 19 de mayo de 1962

—¿Papá, eres tú? ¿Ya puedo salir? Me he portado bien, ¿verdad? Esta vez no te he desobedecido, me he escondido muy bien mientras volvías. He pasado mucho miedo porque todos los monstruos gritaban a la vez, y creo que se comían a las personas porque a ellas también las oía gritar. Gritaban mucho, pero yo me he quedado quieta y no me han encontrado. Sí, muy quieta hasta que tú vinieras. Pero has tardado mucho, papá, y he llorado todo el rato porque creía que ya no vendrías. Cuando lloraba, lloraba bajito para que los bichos malos no me oyeran y vinieran a comerme. A veces, no podía moverme de miedo.

Esta era la conversación que la pequeña mantenía con los operarios de mantenimiento de *La gruta del terror* de la feria de San Isidro mientras trataban de rescatarla con un cuidado infinito del pequeño hueco entre las poleas que transmitían movimiento a uno de los monstruosos muñecos de aquella diabólica atracción, destinados a provocar el espanto en unos y la risa en otros.

Osorio fue quien descubrió a la niña. Había llegado temprano. «Cuanto antes, mejor», se decía a sí mismo cuando había que levantar el campamento. La feria había concluido y tenían que viajar hacia otra localidad lo antes posible. Así era la vida del feriante, siempre de acá para allá.

A él no le importaba, al contrario, heredó esa atracción de su familia, una saga de feriantes de la que se sentía orgulloso. Además, disfrutaba de ese estilo de vida.

Libertad había sido su lema. «Osorio, no te ates a un trabajo de mesa y lamparita. Que se les queda a todos la cara del color de la cera, color de muerto», se decía. Y aunque tuvo la oportunidad de elegir otro tipo de vida, no lo quiso.

Amaba por encima de todo el sol, la luz... la carretera y manta.

Ahora que era cincuentón le pesaba un poco tanta ruta, pero cuando se le pasaba por la cabeza asentarse en algún sitio, se volvía a repetir: «Osorio, tú no. Tú no estás hecho para pasear por la orilla del mar y comprar pescadito en la lonja. Eso es para otro tipo de persona, a ti eso te mataría como mata la tristeza».

Sin embargo, aquella mañana sí se pegó un susto que le hizo plantearse abandonar la atracción y esa vida.

Al punto de la mañana, Osorio empezaba a desmontar el interior y era necesario ser sistemático. La gente se cree que una atracción de feria es como un juego de cubos infantiles, que se monta y se desmonta en un santiamén; pero *quiá*, aquello lleva su tiempo y no lo hace cualquiera: hay que ser minucioso y metódico si se quieren evitar accidentes.

Después de descolgar todo el interior, muñecos, cadenas, luces, y sacar las vagonetas —como decía Osorio, después de «des-tripar la atracción»— se desmonta el exterior sin peligro de derrumbes de las carpas.

Fue precisamente al desmontar el Frankenstein encadenado por el cuello cuando le pareció escuchar un llanto apagado en el silencio que en ese momento reinaba en la cueva, algo parecido al

chillido de algún pequeño roedor. No supo distinguirlo bien y guardó silencio. Aguzó el oído y volvió a oírlo.

Ahora sí, distinguió perfectamente un llanto bajito, ahogado.

Silencioso como un gato, Osorio se dirigió hacia la fuente del sonido. Este provenía de la parte trasera de la lona que cubría el mecanismo del monstruo.

Osorio, que no había tenido hijos, habló a la niña con una dulzura y una paciencia que dio lugar a que la pequeña se confiara y asomara de su escondite.

Cuál fue su sorpresa al descubrir que aquella mocosa —no tendría más de seis o siete años— se encontraba alojada entre el espacio de los engranajes que mantenían la caída y recogida de los diversos muñecos. Tan solo con que se hubiera movido un poco, los engranajes la hubieran destrozado.

Llamó a la Policía, y con la ayuda de estos y los ayudantes de la feria consiguieron tranquilizar y poner a buen recaudo a aquella pequeña que con la oscuridad que reinaba en el interior de la atracción había tomado a Osorio por su padre.

La niña, al ver que Osorio no era su padre y una vez fuera de aquella oquedad donde había permanecido, su escondite, cerró la boca y no volvió a decir una palabra hasta siete años después.

Tampa (Florida), 2014

Ahora, cincuenta años después, esa niña se sienta cómodamente en un sillón de la terraza, con una cerveza en la mano y preguntándose qué rondaría en la cabeza de aquel hombre taciturno y triste que fue su padre para hacer lo que hizo.

Desde que tuve memoria, no recuerdo una sonrisa por parte de mi padre, un gesto de cariño. Bueno, conmigo algo más, ya que era la pequeña y su ojito derecho; pero con mi madre o mi hermano mayor, apenas nada.

Mi padre no era un hombre malo, pegón ni grosero. No era nada. Un fantasma, un hombre amargado y nada más.

No supe el motivo de su proceder hasta que fui adulta, y aun así el conocimiento de la historia tampoco me deja satisfecha, no aclara demasiado su actitud ni justifica su acto espantoso.

Quiero creer que lo sé. Si lo veo desde el punto de vista de un enfermo, de un hombre profundamente deprimido, lo entiendo y soy capaz de justificarlo; aunque sé que no existe justificación posible. Seguramente mi padre estaba cabreado con la vida en general y con la que le había tocado vivir en particular, pero claro, esa es la historia de la mayoría de la humanidad; sin embargo, no actúan como él hizo, ni les otorga derecho a hacerlo.

Venimos al mundo sin nada, apenas unos reflejos innatos para sobrevivir, y los derechos los adquirimos a base de pelea, porque la

vida es dura y no regala nada. A veces incluso, después de mucho trabajo, consigues algo y casi al instante siguiente lo pierdes. Así es la vida, una sucesión de logros y pérdidas; y eso es a lo que debemos atenernos, hay que estar preparado para sacar lo mejor de lo peor y no hundirse, mantener la cabeza a flote en la medida de lo posible. Está claro que mi padre no tuvo fuerza y se hundió.

Mi padre era el último hijo de una muy modesta familia de tres hermanos que allá por los años cincuenta tenía por delante un brillante futuro. O al menos eso pensaba su padre, que vio en aquel buen estudiante un porvenir para él y un orgullo para aquella familia de analfabetos funcionales, que sabían poco más que las cuatro reglas y que les costaba aplicarlas bien.

Aquella familia que pocos años antes de comenzar la Guerra Civil salió de Bohonal de Ibor, un pequeño pueblo de Cáceres, donde los sabañones eran ya un adorno en las orejas en invierno de puro frío y durante los veranos se freían sin candela los huevos al sol.

Se buscaron un porvenir que no fuera morir de hambre y miseria, tal como hicieron antes un grupo de vecinos que, en su desesperación, partieron hacia Madrid con un futuro incierto, pero más esperanzador que el reservado en el pueblo.

Ya instalados en Madrid, mi abuelo se dedicó a lo que mejor sabía hacer en esta vida: amargar a quien tuvo cerca. Y, ya que estaba en la capital —ciudad grande que permitía cierto anonimato—, cuando estalló la Guerra Civil se dedicó a denunciar a la mayoría de quienes llegaron del pueblo con él. Denunció a todo el que pudo de manera indiscriminada; y no por ideología, no, solo por el placer de satisfacer su maldad intrínseca.

Aquel señor que de forma nominal fue mi abuelo, fue lo menos parecido a la persona que porta ese importante calificativo.

Era un hombre seco, hostil, pegón y amargado. Afortunadamente, durante los primeros años de mi vida, el contacto fue casi nulo.

Mi abuelo presumía de ser republicano acérrimo en privado, pero en público se plegaba a lo que tocase. Mi abuelo, sencillamente, era un majadero cruel y torpe. Este señor alardeaba de ser más rojo que nadie, pero no debió entender el concepto o simplemente era un mal bicho y, como ya he dicho, durante la Guerra Civil se puso las botas a denunciar a diestro y siniestro a compañeros y vecinos que no le habían causado ningún daño, y a quienes sin más justificación que la palabra de aquel hombre horrible que se inventaba lo que desconocía se los llevaban a las temidas checas, donde en un acto sumario eran juzgados y ejecutados en el momento, sin más defensa que la que ellos mismos pudieran proporcionarse.

Aquel hombre deleznable que denunciaba a los fascistas y amigos del régimen pero que se llevó por delante a más de uno que no lo era. Por envidia. Por rencor. Por simple maldad. Porque en el pueblo habían tenido un terruño de mierda o el cerdo era más gordo que el suyo.

Luego, cuando la guerra terminó y lo denunciaron a él, se cagó patas abajo y rápidamente mandó a mi abuela para que intercediera ante el practicante del pueblo, también trasladado a Madrid y a quien él había tenido en el punto de mira porque el hombre era simplemente un liberal, un librepensador con dos dedos de frente, pero que tuvo la desgracia de pretender a mi abuela durante su juventud.

Mi abuelo, indigno y cobarde hasta la muerte, aprovechó esta circunstancia para enviar a mi abuela para que en nombre de su antiguo amor juvenil intercediera por él.

Este hombre habló por él y consiguió al menos sembrar la duda que le salvó, porque como mi abuelo había denunciado tanto a derechas como a izquierdas la cosa no quedó clara y por ahí se libró. Después de aquello, mi abuelo se quedó suave como un guante, aunque la procesión iba por dentro.

Según me contó mi abuela, mi abuelo nunca perdonó la humillación sufrida al tener que suplicar por su vida ante aquel vecino, aunque este lo hizo de buena fe y nunca pidió favor a cambio; es más, después de aquello no volvieron a verse. Pero así era mi abuelo, de esa catadura moral perversa y retorcida.

A mi abuela, en lugar de darle las gracias y besar por donde pisaba, tampoco le perdonó que se humillara ante aquel hombre para salvarle el pellejo. Y si antes la trataba mal, después la trató peor. Era como si mi abuela se hubiera convertido en el espejo que le devolvía su propia imagen de hombre humillado y herido en una dignidad que no poseía para seguir viviendo.

Había algo que mi abuelo compartía con fascistas, republicanos y hombres de la peor calaña en aquella época, y que no tenía que ver con ideologías: el desprecio más absoluto hacia las mujeres, su mundo y sus problemas, por la carga que soportaban. Y mi abuela era un claro ejemplo de ello.

Se instalaron medianamente bien en Madrid, esa ciudad que se convirtió de la noche a la mañana en una metrópoli de aluvión donde siempre se acogió amablemente y sin preguntas a todo el que llegaba; esa urbe donde se instalaba libremente gente de todos los pueblos, credos, ideas y religión; donde quien llegaba, solo por el hecho de estar allí, ya era madrileño; donde a nadie se le tildó jamás de *charnego* o *maqueto* por ser andaluz, o *catalufo* por ser de Cataluña, o paleta por ser de un pueblo; esa capital donde llegaba

gente que por un motivo u otro estaban cansados de carecer de oportunidades, de convivir un día sí y otro también con la miseria, las críticas, la maledicencia y el ahogo que producía vivir en la endogamia de un lugar pequeño.

Mi padre estudió el bachiller interno y becado en lo que tiempo después sería la Universidad Laboral de Alcalá de Henares, con una nota media de sobresaliente.

Amante de las matemáticas, se veía en sus mejores sueños como posible premio Nobel en un futuro no muy lejano.

Terminado el bachiller, el propio centro le aconsejó y promovió para su ingreso en la Facultad de Exactas.

Los fines de semana los dedicaba a encontrarse con sus amigos, sus hermanos, a ser un chico normal, feliz. La vida le sonreía, a la manera en que la vida sonreía en aquellos duros años.

Fue después de las Navidades del segundo curso, a la vuelta de una visita a sus profesores de Alcalá con los que mantenía una gran relación, cuando conoció en el tren de regreso a la muchacha más guapa y dulce que había visto en su corta vida. Adela se llamaba aquella preciosidad que más tarde sería mi madre.

Comenzaron a hablar y el tiempo se les esfumó como si pudieran consumirlo eternamente a su antojo.

Mi madre se había criado con su tía desde que perdiera a sus padres en un trágico accidente. Vivían en Alcalá de Henares, donde mi madre había estudiado bachiller elemental y trabajado en una mercería hasta que, con el consentimiento de su tía, a quien adoraba, decidió dar el salto a Madrid en busca de empleo.

Adela, que era lista, tenía estudios elementales y buena presencia, encontró rápidamente trabajo en Galerías Preciados, aquellos modernos almacenes de la época.

Ahora vivía en Madrid en un piso compartido con tres compañeras que también estaban solas en la capital y trabajaban juntas.

Mi madre y mi padre continuaron hablando y hablando hasta que el tren llegó a Madrid. Pocas semanas después formalizaron un noviazgo mal visto por mi abuelo, que veía peligrar un prometedor porvenir para su hijo.

Como si de una maldición se hubiera tratado, y a pesar de las promesas que mi padre había jurado a mi abuelo de que sus estudios estaban por delante de todo, meses después anunciaba a sus padres que Adela estaba embarazada.

Aquello fue el principio del fin de una época dorada.

Mi padre se condenó cuando informó de aquello, mi abuelo —las cosas de aquellos tiempos— todo lo que le dijo a su hijo fue:

—Si has sido un hombre para hacerlo, sé un hombre para mantenerlo.

Dicho esto, cerró literalmente las puertas de su casa al hijo y no quiso saber nada sobre la pareja.

Por más que mi abuela lloró, rogó y hasta cobró —porque entre muchas de las virtudes de mi abuelo también se encontraba la de tener la mano como un soplillo—, no consiguió que aquel pedazo de adoquín se ablandara lo más mínimo.

Mis padres alquilaron una habitación con derecho a cocina cerca del arroyo Abroñigal a un matrimonio mayor, una pareja encantadora que les ayudaban en lo que podían, que era más bien poco.

Aquella simbiosis fue muy fructífera para ambas familias, ya que los ancianos sin descendencia vieron en aquella pareja con la que estaban encantados una oportunidad de compañía; y, por parte de mis padres, más recibían en atenciones de ellos que las disfrutadas hasta el momento por sus propios familiares.